

estadounidense». [11]

En algunos aspectos, por descontado, esto significa aferrarse a la misma entidad que el enfoque pretende trascender. Es una tensión inherente al propio término de historia *trans-nacional*. Si se lo toma literalmente, parecería implicar que este enfoque histórico no se puede aplicar a la Edad Moderna, cuando aún no se habían formado los Estados-nación. «Debo confesar —admite C. A. Bayly— que “transnacional” me parece un término restrictivo para la clase de trabajo que me interesa. Antes de 1850, gran parte del mundo no estaba dominada por naciones, sino por imperios, ciudades-estado, diásporas, etcétera.» [12] Con posterioridad a 1850, el concepto también funciona mejor para la mayoría de las sociedades occidentales que para otras muchas partes del mundo. Para hacerlo menos normativo, algunos autores han sugerido formulaciones alternativas tales como «transregional» o «translocal». [13]

Más importante, en el nivel metodológico, es el hecho de que, con relativa frecuencia, el enfoque transnacional solo dedica gestos a lo global, sin afrontar de cara todos sus desafíos. Bender, por ejemplo, se basa ante todo en comparaciones de amplio espectro y hace hincapié en los paralelos, complementándolo con pasajes que hacen más énfasis en la interacción y las conexiones; las estructuras globales mayores, en cambio, figuran primordialmente como telón de fondo y se vinculan de un modo menos explícito con los cambios vividos dentro de Estados Unidos. Es un rasgo característico de muchas de las obras del paradigma transnacional, en el que lo global sirve sobre todo como un fondo ante el que situar lo nacional, y no tanto como un

contexto en el que abordar sistemáticamente cuestiones de causa y efecto.

## TEORÍA DE LOS SISTEMAS-MUNDO

Si los enfoques comparativo y transnacional eligen como punto de partida naciones y casos individuales, la teoría de los sistemas-mundo parte de premisas contrarias: que las unidades primarias del análisis histórico son los «sistemas» y bloques regionales mayores, y que todas las entidades menores derivan de estas estructuras mayores. En las décadas de 1970 y 1980, la historia del sistema-mundo se erigió en la alternativa macrohistórica más importante a la teoría de la modernización, en cuanto marco en el que reflexionar sobre el cambio a escala global. Los historiadores de esta tradición —en la estela de la obra de Immanuel Wallerstein, que en la actualidad consta de cuatro volúmenes— han puesto de manifiesto la naturaleza sistémica del sistema estatal internacional y el orden económico capitalista. El modelo de Wallerstein —deudor de los trabajos de autores como Karl Polanyi y Fernand Braudel— representó un nuevo paradigma en el análisis histórico mundial. Si en algunos aspectos se adhería a la lógica centrífuga de la historia de la expansión europea, también intentaba alejarse de ella al hacer énfasis en los procesos sistémicos.

A menudo, el concepto del sistema-mundo no se ha comprendido bien. En primer lugar, Wallerstein distingue entre dos formas distintas de sistema-mundo: las economías-

mundo y los imperios-mundo. Los imperios-mundo aspiran a integrar políticamente territorios extensos, mientras que las economías-mundo se basan en la integración de los mercados. Sin embargo, a pesar del nombre, la «economía-mundo» no tiene por qué ser necesariamente una estructura de mercado que abarque el planeta entero. El término describe ante todo una región más o menos autónoma que es capaz de satisfacer internamente la mayor parte de sus necesidades materiales. Se caracteriza por la división del trabajo y un intercambio cuantioso de productos que se da dentro de una región geográfica extensa y a través de sus fronteras políticas interiores. Históricamente, por lo tanto, es frecuente que hayan coexistido varias economías-mundo. Braudel, por ejemplo, habla de economías-mundo específicas en los casos de Rusia (al menos, antes de Pedro el Grande), el imperio otomano, el sudeste asiático precontemporáneo y China.[14]

En este paradigma, el sistema comercial centrado en Europa fue, durante mucho tiempo, tan solo uno entre muchos. La importancia exagerada que adquirió la economía-mundo europea se explica por la circunstancia de que dio origen a la actual economía globalizada. Tras hacer su aparición en el siglo XVI, el sistema-mundo europeo fue incorporando de modo sucesivo otras regiones para formar un nexo interdependiente de núcleo, periferia y semiperiferia. A medida que se ampliaba, el núcleo de este sistema-mundo europeo también se desplazaba: de España, pasando por Portugal y Holanda, a Francia y, desde el siglo XIX, Inglaterra primero, y luego Estados Unidos. Progresivamente, otras regiones —primero Europa oriental y América Latina,

posteriormente África y las diversas regiones de Asia— se fueron añadiendo al sistema-mundo europeo.[15] Entre los partidarios de este enfoque se ha debatido mucho sobre hasta qué época del pasado cabe hacer remontar los orígenes del sistema-mundo capitalista; las sugerencias oscilan desde el siglo XVI o el siglo XIII hasta muchísimo antes: el tercer milenio a. C.[16]

Desde la perspectiva de las concepciones actuales de la historia global, la teoría de los sistemas-mundo tiene varios inconvenientes. Hay que mencionar, ante todo, tres críticas. La primera y principal es que los estudios basados en este método, a menudo, despliegan una forma de reduccionismo económico que los puede dotar de una apariencia unidimensional. En el ámbito económico propiamente dicho, el paradigma tiende a pasar por alto el dinamismo y la capacidad de mutación del capitalismo, perceptible por ejemplo en el hecho de que la primacía del capital mercantil dejara paso a la del capital industrial. El concepto de capitalismo sobre el cual la teoría se basa (definido como una «acumulación sin fin de capital»)[17] es tan general que, con frecuencia, los detalles históricos específicos se quedan en la cuneta. Es más grave, no obstante, que se considere que otros factores de la integración suprarregional y global —el gobierno político, la dinámica social, las cosmologías y las interpretaciones culturales— son menos relevantes; en última instancia, incluso factores secundarios. De resultas de ello, se presta una atención demasiado escasa al punto hasta el cual la integración de los mercados fue, en sí misma, producto de una distribución asimétrica del poder.

En segundo lugar, puede dar la impresión de que tanto

Wallerstein como otros historiadores de su escuela, en lo esencial, presuponían de entrada el contexto de los sistemas, antes que describirlo de hecho sobre la base de ejemplos del mundo real (y no digamos ya, antes que demostrar su existencia). De este modo, incrustar los cambios locales en contextos globales puede parecer poco relevante o hasta dogmático.[18] Y en tercer lugar, el enfoque de los sistemas-mundo aún no ha dejado atrás cierto componente de eurocentrismo. Ello resulta paradójico, en cierto sentido: a fin de cuentas, en la línea del *Manifiesto comunista* de Marx y Engels, este y no otro era el sentido de la teoría de los sistemas-mundo: evitar la trampa de explicar el ascenso de Europa de manera endógena, desde dentro. Aunque el enfoque sistémico buscara este fin, el resultado fue la integración sucesiva del mundo en el sistema-mundo europeo. A veces da la impresión de que Wallerstein ha proyectado hacia atrás, hasta el siglo XVI, el dominio económico de Europa (y Estados Unidos) en el siglo XX.[19]

Así pues, aunque el enfoque tiene sus límites, en particular en sus variantes más dogmáticas y menos empíricas, hay ideas importantes de la teoría de los sistemas-mundo que ejercieron una gran influencia y la siguen ejerciendo en la actualidad. Así sucede, para empezar, con la decisión de no aceptar *a priori* las entidades políticas como límites del análisis, sino trazar desde ahí el alcance real de los entrelazamientos y las interconexiones. Este volverse en contra del nacionalismo metodológico de la historiografía convencional supone también no dar por sentada la existencia de entidades tales como los Estados-nación y las sociedades; antes bien, se interpreta su misma génesis como un fruto de procesos

globales y de las dinámicas de la economía mundial.

En segundo lugar, el concepto de la «incorporación» progresiva a un contexto dominado por Europa ha demostrado ser útil para comprender las dinámicas del mundo moderno. Ciertamente, la terminología puede parecer rígida y estar en poca sintonía con la complejidad de las diversas situaciones históricas específicas; por otro lado, el concepto de «incorporación» quizá delate un sesgo eurocéntrico. Aun así, a la hora de explorar una de las cuestiones cruciales del desarrollo global —la aparición de estructuras de hegemonía que no se definen tan solo por la conquista política—, la obra de Wallerstein proporciona ideas relevantes. En tercer lugar, más en general, subraya la importancia de un concepto de cambio estructurado en un macronivel. No todos los historiadores querrán adoptar el lenguaje de los sistemas, en el cual hay elementos individuales diferenciados, basados en la división del trabajo, que en la relación de unos con otros se describen como todos unificados. Pero sea cual sea la terminología, sin alguna noción de interdependencia de las formas estructuradas —económica, pero también política y cultural— resulta difícil explicar la lógica del cambio relacionado, pero al mismo tiempo diferenciado, que ha dado forma al mundo durante los últimos siglos. Esta clase de enfoque promete liberarse de la posible referencia superficial a la circulación y los «flujos», y enlazar de nuevo el análisis con las condiciones materiales. Además, nos recuerda que, sin un escrutinio más detallado, no debemos dar por hecho que el desarrollo social posee una dinámica interna propia y autónoma.

No es de extrañar, por lo tanto, que este enfoque siga

siendo una herramienta destacada para muchos historiadores que se interesan por la dimensión global del pasado.[20] En algunos campos —la historia de la esclavitud, por ejemplo— el impacto del pensamiento según sistemas-mundo ha sido especialmente fuerte. Los estudios más recientes adoptan un concepto de mercado que difiere de la noción, algo estática, de Wallerstein, incluyen dinámicas sociales y culturales y, sobre todo, hacen hincapié en la relevancia de los emplazamientos locales y los actuantes subalternos en el cambio social. Así, algunas perspectivas más recientes de los sistemas-mundo (cada vez es más habitual que se ponga en duda la noción de una «teoría unificada») generan estudios mucho más sutiles y matizados, capaces de conectar de formas innovadoras lo local y los macroniveles.[21]

Más allá del enfoque de los sistemas-mundo, para muchas interpretaciones actuales de la historia global sigue siendo imprescindible, como herramienta, un marco de concepción laxamente marxista. Tales interpretaciones comparten con la perspectiva de los sistemas-mundo la convicción de que el estudio de los conflictos sociales no debería limitarse a tomar en consideración el funcionamiento interior de una sociedad individual, sino que necesita tener asimismo en cuenta constelaciones de poder más extensas, así como los modos en que estas generan cambios y les prestan energía. Los historiadores que recurren a este enfoque han descartado hace mucho los modelos más mecánicos de la base y la superestructura, al igual que los estadios teleológicos del desarrollo; en su lugar aspiran a comprender el capitalismo como una formación históricamente específica, que estructura —y a su vez, está constituida por— los

antagonismos sociales y las tendencias culturales. El impacto de la teoría marxista ha ido mucho más allá del reducido ámbito de la historia económica y ha sido asimismo crucial para construir argumentos complejos sobre el cambio cultural.[22]

## ESTUDIOS POSCOLONIALES

Mientras que las perspectivas de los sistemas-mundo suelen centrarse en el macronivel y los procesos de integración económica, desde la década de 1980 los estudios poscoloniales han contribuido de forma destacada a comprender mejor la complejidad de las interacciones producidas a través de las fronteras culturales. Este enfoque se erige sobre la premisa de que el mundo moderno se basa en un orden colonial que, en algunas regiones, se remonta varios siglos, hasta el siglo XVI, como resultado de la conquista europea de las Américas. La transformación colonial del mundo no solo afectó a los modos de dominación y de explotación económica, sino que también se reflejó en categorías del conocimiento, conceptos del pasado y visiones del futuro. En la estela de la obra trascendental *Orientalismo*, de Edward Said (1978), los estudiosos poscoloniales han prestado especial atención a los órdenes cognitivos y los regímenes del conocimiento que históricamente sostuvieron el proyecto colonial.[23]

Los estudios poscoloniales vinieron a dar una respuesta importante y productiva a muchas de las deficiencias de la

teoría de la modernización. Buena parte de las primeras obras de este enfoque, por estímulo del colectivo de los estudios subalternos, se centraron en el sur de Asia; pero el paradigma no tardó en aplicarse a otros lugares como América Latina y África. Los historiadores globales también pueden beneficiarse de sus aportaciones. Ciertamente, los estudiosos poscoloniales no han ofrecido grandes narraciones sobre la historia del mundo en su conjunto; antes al contrario, muchos recelan de las generalizaciones amplias y las metanarraciones que culminan en el Occidente moderno, y desconfían de una retórica de lo «global» que, a su entender, es un discurso imperialista de dominación. Desde este punto de vista, en efecto, lo que se denomina «global» no es en esencia sino un fruto del colonialismo y las incursiones imperialistas en los «mundos de la vida» locales.

No obstante, la crítica poscolonial del paradigma de la modernización nos ha proporcionado una abundancia de ideas fructíferas a la hora de comprender el pasado global. Vale la pena atender en particular a tres aspectos. En primer lugar, el enfoque poscolonial permite entender con más refinamiento la dinámica del intercambio transcultural. El énfasis en las complejidades de la agencia individual, los modos de apropiación localmente específicos, las modificaciones estratégicas y los mecanismos de hibridación puede actuar como correctivo notable de los modelos macrohistóricos de la historia mundial en los que las transferencias tienden a interpretarse en los términos más bien simplistas de la difusión y la adaptación. Como ingrediente crucial de esta clase de análisis está el hecho de reconocer que muchas de las categorías a las que recurrimos

para explicar el cambio histórico se han originado como respuesta al propio encuentro colonial. Verbigracia, los historiadores poscoloniales han demostrado que la construcción de la diferencia mediante categorías tales como la casta, la religión (por ejemplo, el islam frente al hinduismo) y la raza ha sido el fruto, en gran parte, de intervenciones y negociaciones realizadas en el contexto del colonialismo.[24]

En segundo lugar, los enfoques poscoloniales adoptan los entrelazamientos del mundo moderno como el punto de partida de su historiografía transnacional. No tratan las naciones y las civilizaciones como si fueran entidades históricas de existencia natural, sino que se interesan por los modos en los que entidades tales como «la India» o «Europa» se construyeron en el contexto de la circulación global. El resultado es un énfasis en la constitución relacional del mundo moderno. Es una clase de perspectiva opuesta a la historiografía mundial eurocéntrica basada en la idea de que la evolución euroestadounidense se produjo aislada del resto del mundo, por lo que es posible comprenderla puramente desde su interior. Los enfoques poscoloniales, por el contrario, intentan superar esta visión de túnel que explica endógenamente la historia de Europa.

Esto nos lleva, en tercer lugar, a la conciencia de que es necesario situar los procesos de integración global dentro de estructuras de poder desiguales (coloniales). Esta atención a la cuestión del poder representa la crítica más importante del poscolonialismo a la teoría de la modernización (y las variantes de la historia mundial que de esta se derivan). El carácter cada vez más interconectado del mundo moderno no puede separarse de las condiciones coloniales en las que esas

conexiones se formaron, y al hacerse hincapié en esto, se deja atrás la suposición de que la globalización es natural, una idea infundada, aunque se repita en muchas obras de historia económica. En esta bibliografía es, en efecto, habitual encontrar procesos anónimos de convergencia del mercado, ajuste de precios de las mercancías e integración suprarregional de los mercados de trabajo, que se describen casi como si fueran el fruto de leyes históricas no sometidas a más ley que a la «mano invisible» descrita por Adam Smith. En realidad, la integración de los mercados fue inseparable del puño —ciertamente visible— del imperialismo. Se basó en el trabajo forzado y el regido por contratos de servidumbre por deudas (*indentured service*), la extracción de materias primas, la «apertura» de mercados a la fuerza (como en América Latina y el Asia oriental) y el control financiero imperialista (como el impuesto al imperio otomano y a la China Qing). La que en muchos textos se presenta como una «globalización» autogenerada estuvo, de hecho, estructurada por el colonialismo.

Junto con la teoría de los sistemas-mundo, los estudios poscoloniales siguen siendo uno de los paradigmas más productivos a los que los historiadores globales pueden recurrir. Al mismo tiempo, no obstante, el enfoque global también debe entenderse como una respuesta al *impasse* en que han quedado atrapados los estudios poscoloniales. Desde la década de 1990 han sido objeto de crítica por varias razones. Dos dimensiones de esta crítica resultan especialmente pertinentes aquí, pues afectan a la utilidad de este enfoque para el análisis global.

La primera se refiere al concepto de cultura. Como los

estudios poscoloniales se originaron cuando en las humanidades se estaba viviendo el giro hacia la cultura, buena parte de sus obras se han centrado en temas de discurso y representación. Según cierta afirmación no poco enfática, el colonialismo era «antes que nada, una cuestión de conciencia» y se lo debía «derrotar, en última instancia, en el pensamiento».[25] En consecuencia, se ha acusado a los autores poscoloniales de privilegiar las explicaciones culturales a expensas de las estructuras económicas y políticas. Esto se relaciona con otro problema: el enfoque poscolonial no fue inmune a un nacionalismo latente, como pone de manifiesto el uso de nociones casi indigenistas de la «propia» cultura. En efecto, las críticas a la modernidad occidental suelen ir de la mano de intentos de rehabilitar experiencias alternativas y puntos de vista nativos. Aunque en su inmensa mayoría los historiadores poscoloniales se han centrado en el período contemporáneo, en ocasiones sus análisis se han visto guiados por una imagen idealizada del pasado precolonial y precontemporáneo. A este respecto, al criticar los esencialismos occidentales no siempre han sabido evitar caer ellos mismos en un esencialismo cultural propio. [26]

En segundo lugar, el paradigma de estudio se basa en un concepto de colonialismo tan general que no siempre resulta útil. Partir de la convicción de que el mundo se ha regido según modelos coloniales desde 1492 tiende a quitar importancia a las diferencias fundamentales entre las diversas formas de gobierno colonial, que van desde los imperios extractivos de la Edad Moderna hasta las estructuras complejas de constitución de imperios informales

características de nuestros días. Al aplicar un concepto homogéneo de colonialismo se corre el riesgo de anular las especificidades espaciales y temporales de las distintas formas de gobierno, las diferencias sociales y la diversidad de las dinámicas culturales. Además, hacer hincapié en el colonialismo moderno ha limitado la eficacia del enfoque cuando se trata de explicar la historia de partes del mundo que no fueron colonizadas por Europa o Estados Unidos. Por último, privilegiar la oposición entre colonizadores y colonizados como marco explicativo fundamental impone una lógica binaria que, pese a que arroja luz sobre numerosos aspectos, a la postre no deja de ser restrictiva. No permite explicar un mundo complejo en proceso de globalización.

## MODERNIDADES MÚLTIPLES

Una de las características asombrosas de la teoría política de la década de 1990 fue el regreso —que se antojaba improbable— del concepto de *civilización*. En el siglo XIX y a principios del XX las narraciones asociadas a esta noción tuvieron un gran peso, pero desde los días de Buckle, Guizot, Nikolái Danilevski y, en un período más reciente, Spengler y Toynbee, el género había parecido moribundo. Es aún más llamativo, por lo tanto, que recobrara la vigencia hace un par de décadas. Tras extinguirse la ideología bipolar de la guerra fría, en muchos lugares se extendió la idea de que las civilizaciones eran las unidades naturales para reflexionar a fondo sobre la rápida transformación global y dar explicación

a los conflictos de un mundo que se globaliza. El término «civilización» ha adquirido especial popularidad fuera de Europa, por ejemplo en el mundo islámico y el Asia oriental. Para empezar, actúa como mediador entre las vidas individuales y los contextos locales. Además, a este atractivo se suma que el concepto facilita alejarse del eurocentrismo de buena parte de la historiografía, pues concede más importancia a las dinámicas políticas y culturales internas de cada civilización.[27]

La versión del discurso sobre la civilización que más impacto ha tenido entre los historiadores se basa en un concepto conocido por un sintagma práctico y memorable: las «modernidades múltiples». Una de sus versiones teóricamente más refinadas la formuló el sociólogo israelí Shmuel N. Eisenstadt. Eisenstadt parte de la teoría clásica de la modernización, pero con la voluntad de prescindir de la estructura teleológica. Con este objetivo en mente, insiste en la necesidad de reconocer la validez de múltiples modos de desarrollo histórico, de una diversidad de visiones del futuro y, por último, de la igualdad normativa fundamental de las diferentes trayectorias sociales y culturales. A partir del funcionalismo estructural del sociólogo estadounidense Talcott Parsons, Eisenstadt desarrolló un análisis transregional de modelos de integración y orden social, pero sin equiparar el proceso de modernización con el de la occidentalización. Con el fin de superar el eurocentrismo de la teoría tradicional de la modernización optó por pluralizar los caminos que llevaban a la modernidad.

El concepto de las modernidades múltiples pone en cuestión asimismo un segundo pilar de la teoría social

moderna: el axioma de la secularización. Los estudios sobre la pluralidad de vías de acceso a la modernización dieron paso a la idea de que la transformación social, de hecho, no conduce de un modo más o menos automático a un descenso en la militancia religiosa, según se postulaba en la teoría estándar de la modernización. Comprenderlo así permitió evaluar de nuevo el papel de la religión y el impacto a largo plazo de las tradiciones religiosas. No solo en Spengler y Toynbee, sino también en formulaciones más recientes, los expertos consideran que el concepto de la civilización está arraigado en la sociología de la religión.

El sintagma de las «modernidades múltiples» contiene una crítica explícita a la noción de que todas las sociedades en proceso de modernización siguen el programa cultural de la modernidad según se ha desarrollado en Europa. El concepto, bien al contrario, hace hincapié en la existencia continuada de mentalidades y configuraciones culturales que influyen sobre los procesos sociales transformativos que generan la modernidad. Según muchos autores, ni siquiera cuando ha habido un hundimiento de las autoridades tradicionales o «desencantamiento» con el sistema de valores tradicional esto ha bastado para poner fin a la variabilidad de los paradigmas culturales. «El concepto de “modernidades múltiples” implica varias consecuencias, y entre las más importantes figura la de que la modernidad y la occidentalización no son idénticas; los modelos occidentales de la modernización no son las únicas modernidades “genuinas”, por mucho que [...] sigan siendo un punto de referencia básico para otros.»<sup>[28]</sup>

Apartarse de la hegemonía de la modernidad occidental —

y de la premisa, compartida por la mayoría de los modelos de la teoría social desde el siglo XIX, según la cual las culturas son cada vez más homogéneas— representa un cambio crucial que ha sido adoptado por muchos autores en toda una diversidad de campos. Destacan ejemplos como el de Stanley Tambiah, experto en budismo, y Tu Wei-ming, experto en confucianismo, ambos de la Universidad de Harvard. Tu ha trabajado en el concepto de una modernidad china (confuciana), que rechaza la noción del individuo cerrado en sí mismo, sobre la que se basaba la teoría clásica de la modernización, y se centra en su lugar en los colectivos, la cohesión y las conexiones sociales. Sin embargo, no siempre queda claro hasta qué punto Tu se halla en una perspectiva analítica que estudia la influencia del confucianismo en el cambio social que China ha vivido hasta nuestros días, y hasta qué punto se trata de una posición política y normativa que invita a renovar el humanismo confuciano y pide que China interprete un papel de liderazgo en el futuro de Asia y el mundo en general.[29]

Para la perspectiva de una historia global, el programa antieurocéntrico de las modernidades múltiples —algunos autores hablan de «modernidades alternativas»— es un punto de referencia que hay que tener en cuenta.[30] Resultan de especial utilidad tanto su objetivo de comprender la transformación social y cultural como un proceso distinto de la occidentalización, como el énfasis que pone en la relación compleja de la transferencia y la difusión, por un lado, y por otro, el papel de las tradiciones internas. Los procesos de diferenciación estructural no provocaron resultados idénticos en todas partes. A este enfoque subyace el intento normativo

de liberar de conceptos tales como imitación (o copia y original) el análisis de las sociedades no occidentales; también la voluntad de reconocer, en principio, que existe igualdad entre una multitud de experiencias directas de la modernización.

Aunque por mor de la heurística, a tenor de lo visto, el concepto puede resultar útil, en cambio en un nivel teórico no es tan convincente. Hay que destacar tres objeciones. En primer lugar, el programa de las modernidades múltiples todavía es relativamente impreciso, y su argumentación se limita al ámbito de la cultura. Por lo tanto, no siempre está claro si las modernidades múltiples están constituidas por un espectro virtualmente infinito de modelos sociales que carecen de conexiones de calado con estructuras unificadoras. De ser así, se plantea la cuestión siguiente: ¿qué los convierte a todos en modernos? Más a menudo, el programa parece aspirar en última instancia a la idea de una modernidad *única*, definida con los parámetros sociológicos habituales de diferenciación funcional, racionalización y «desencantamiento», según toman cuerpo en la burocracia estatal y los mecanismos de mercado capitalistas. Ahora bien, si la meta es esta, deberíamos hablar más bien de variaciones sobre la modernidad, esto es: una sola modernidad con una diversidad de manifestaciones culturales.

En segundo lugar, muchos defensores del concepto identifican una dinámica de modernización específica de cada civilización, pero la consideran como una entidad en gran medida aislada en sí misma. La sociedad definida territorialmente (la sociedad nacional) queda pues sustituida por una civilización sellada de un modo más o menos

hermético, cuyo desarrollo se concibe como endógeno y dependiente de sus rasgos culturales distintivos. Casi nunca se pone en cuestión el carácter homogéneo de estas civilizaciones. Lo que es más, con frecuencia se considera que su sustancia cultural (y su dinámica institucional) es de tipo religioso, premisa que resulta particularmente problemática cuando se recurre a ella para explicar la continuidad social hasta el presente. Luego, al hacer hincapié en las diferencias culturales se corre el riesgo de caer en un culturalismo peligrosamente próximo a la esencialización: la convicción de que toda civilización posee una esencia cultural intemporal e inmutable, incompatible con cualquier otra.

En tercer lugar, y ya por último: a este modelo le corresponde, sin duda, el mérito de haber reconocido expresamente la autonomía cultural de varias partes del mundo, sin equiparar la modernidad con la difusión de las ideas e instituciones occidentales. Sin embargo, al defender que la civilización es una unidad de análisis discreta, definida por procesos autónomos de desarrollo cultural, se hace caso omiso de su larga historia de interacción. La historia de la Edad Contemporánea, por lo tanto, se lee como si constara de civilizaciones análogas y autopoieticas, y se presta poca atención a su prolongada historia de entrelazamientos o a la integración sistémica del mundo. Reducir las historias de la transformación cultural —que son complejas y localmente específicas— a una prehistoria indígena de lo contemporáneo, por lo tanto, tiende a oscurecer las estructuras mayores y las asimetrías de poder que están en el origen del mundo moderno.<sup>[31]</sup>

## CAPÍTULO 4.

### LA HISTORIA GLOBAL COMO ENFOQUE ESPECÍFICO

La tendencia reciente a las perspectivas globales es un movimiento amplio. Como hemos visto en el capítulo anterior, toda una serie de enfoques contribuyen, cada uno a su manera, a que podamos comprender el pasado viéndolo desde fuera del marco del Estado-nación. Más allá de esta multiplicidad, sin embargo, y sobre la base de estos otros modos diversos de abordar el mundo, está emergiendo una historia global como enfoque diferenciado. En el presente capítulo describiré varios rasgos característicos que comparten muchas de las incursiones recientes en este campo. Si se contemplan en conjunto, forman el núcleo metodológico de la historia global en tanto que enfoque propio. Se hará especial hincapié en la noción de integración global, en las transformaciones estructuradas a un nivel global.

Con el fin de comprender mejor las características de la historia global, será útil enfrentarlas a un tipo ideal —sin lugar a dudas, un retrato demasiado simple— de la tradición anterior de la historia mundial. Ahora bien, no debemos perder de vista que esta yuxtaposición de la historia mundial

y la historia global es un mecanismo heurístico. Da a entender que existe una línea de separación clara entre los enfoques antiguos y los modernos y más refinados, cuando, en la práctica, muchos historiadores usan los dos términos como sinónimos.

El concepto de una historia mundial o universal tiene por sí mismo una historia que se remonta a varios siglos atrás. En nuestros días sigue siendo el nombre de una materia escolar estudiada en muchos países, que por lo general designa un relato que abarca el mundo entero o se centra en regiones geográficas relativamente extensas. Esta clase de historias mundiales se atienen a un macroprograma que, por lo general, aspira a una representación completa del pasado del mundo entero; o, según suele ocurrir en muchos países no occidentales, se ocupan del «resto del mundo», es decir, de todo lo sucedido fuera del propio país. También hay historias universales de temas concretos: del imperio, de la formación de los Estados o de los encuentros entre cortes, también del azúcar, del té, del algodón. En la mayoría de casos no solo se aborda la realidad de tales instituciones y productos en todo el planeta, sino también a lo largo del tiempo, en ocasiones abarcando incluso todo el período comprendido entre la Antigüedad y el presente.[1]

Las macroperspectivas de esta clase adoptan, como puntos de partida, comparaciones a gran escala de sociedades y, muy frecuentemente, de civilizaciones enteras. Las historias universales más antiguas, en su mayoría, no hacían caso omiso de las interacciones e intercambios entre estos enormes bloques constructivos; pero sí se centraban en las trayectorias diferentes de cada civilización, cuyas dinámicas se describían,

antes que nada, como generadas desde el interior. Estas historias paralelas se enlazaban luego por la creciente difusión que iba desde los centros del poder hacia la periferia. En el período contemporáneo, esta difusión adquirió por lo general una forma de transferencia de Occidente a «los otros». Así pues, durante mucho tiempo las historias mundiales han compartido un sesgo eurocéntrico, sesgo que el título del influyente libro de William McNeill *The Rise of the West* no se esforzaba en ocultar.[2]

## RASGOS DE LA HISTORIA GLOBAL

Las historias mundiales de hace unos años empleaban una metodología que combinaba la comparación de distintas civilizaciones con la búsqueda de vínculos entre ellas, de lazos cuya existencia se explicaba por medio de procesos de difusión. El pensamiento que subyacía a estas historias cruzaba divisorias teóricas e ideológicas —que iban desde la teoría de la modernización al marxismo y las narraciones de la civilización—, pero la mezcla de comparación y difusión era notablemente constante. En cambio, la palabra clave que se asocia de inmediato con el término «global» es «conexiones». Para transmitir toda la fluidez y volatilidad con la que se desarrollan las interacciones transfronterizas, se ha reunido todo un aluvión de términos relacionados: «intercambio» y «relaciones», «vínculos» y «entrelazamientos», «redes» y «flujos». En vez de basarse, con no poca insistencia, en las macrocomparaciones, las

historias globales han subido al trono a la movilidad.

Por ello la mayoría de las definiciones taquigráficas de la historia global se han limitado al feliz matrimonio de las comparaciones y las conexiones: se cogía lo mejor que podía ofrecer la historia mundial tradicional y se combinaba con una mayor atención a las dimensiones flexibles y fluidas del cambio histórico. Todo un hito de la historiografía, *El nacimiento del mundo moderno*, de C. A. Bayly, nos saluda desde la misma portada hablando de «conexiones y comparaciones globales», y el dogma de que «los recursos básicos de la historia global» son las conexiones y comparaciones se reitera en prácticamente todos los intentos de definir qué caracteriza en especial este enfoque.<sup>[3]</sup>

Y en efecto, el hincapié en las transferencias y las interacciones es un componente crucial de todos los intentos recientes de comprender el pasado global. La movilidad de los productos, la migración y los viajes de las gentes, las transferencias de ideas e instituciones: todos estos procesos son la materia que ha ayudado a producir el mundo globalizado en el que vivimos, y son los objetos de estudio principales de muchos historiadores globales. Como veremos más adelante, sin embargo, las conexiones por sí solas no bastan para explicar la originalidad del enfoque; es necesario incrustarlas en procesos de transformación estructural, y ello a escala global. Antes de llegar a este punto, esbozaré primero una serie de decisiones metodológicas que son rasgos recurrentes de la historia global de nuestros días, más allá del mero hincapié en las conexiones. Será una enumeración muy simplificada, porque la mayoría de las cuestiones las retomaré, ya con más extensión, en capítulos posteriores.

En primer lugar, los historiadores globales no se ocupan tan solo de las macroperspectivas. Muchos intentan situar dentro de los contextos más amplios, y potencialmente globales, fenómenos y asuntos históricos concretos. De acuerdo con esto, el surgimiento de la noción de «cultura» en la Bengala de la década de 1880 es un tema tan legítimo de un estudio de historia global como puede serlo una historia del mundo entero a lo largo de todo el siglo XIX.[4] En segundo lugar, las historias globales experimentan con conceptos espaciales alternativos. Es típico que no adopten como puntos de partida las unidades políticas o culturales: Estados-nación, imperios, civilizaciones. Antes bien, plantean dudas analíticas y van hasta donde les lleva la serie de preguntas: a través de la bahía de Bengala, a los puntos nodales de una red, a las diásporas étnicas y religiosas, etcétera.

Esto implica, en tercer lugar, que las historias globales establecen relaciones, les resulta inherente hacerlo así. Una unidad histórica —una civilización, una nación, una familia— no se desarrolla en aislamiento, solo se puede comprender por medio de su interacción con otras. De hecho, muchos grupos solo cuajaron en unidades de apariencia sólida como respuesta al intercambio y la circulación. Al prestar atención al carácter relacional del pasado, también se ponen en cuestión interpretaciones de la historia mundial que durante mucho tiempo habían sido las más aceptadas, tales como las del «ascenso de Occidente» y el «milagro europeo». Muchos textos antiguos de la historia mundial sitúan en Europa la fuerza impulsora de la historia mundial y hacen la crónica de la difusión de los logros europeos en el resto del planeta: es

una historia mundial concebida como calle de un solo sentido. En cambio, estudios más recientes enfatizan el papel constituyente que ha interpretado en el desarrollo de las sociedades modernas la interacción entre regiones y naciones, así como entre Europa y el mundo no europeo. La transformación de Europa y Occidente no se puede explicar desde dentro, como un proceso autónomo, sino que debe contemplarse, al menos en parte, como el producto de diversos procesos de intercambio.[5]

En cuarto lugar, como disciplina inserta en las Humanidades, la historia global forma parte de un «giro espacial» más amplio. Una de las consecuencias de ello ha sido que las relaciones de cada constelación espacial con otras ubicaciones han cobrado más importancia. Los historiadores globales prestan una atención especial a la forma en la que individuos y sociedades interactúan unos con otros, y no tanta a los cambios endógenos. De resultas de ello, las metáforas espaciales —tales como *territorialidad*, *geopolítica*, *circulación* y *redes*— tienden a reemplazar el vocabulario anterior, más bien temporal, del *desarrollo*, el *desfase* o el *atraso*. Esto también implica rechazar las teleologías de la teoría de la modernización, es decir: se critica la noción de que las sociedades se transforman, por así decir, desde dentro, y de que la dirección del cambio social —de la tradición a la modernidad, por ejemplo— está predeterminada.

Esto tiene como consecuencia directa hacer hincapié en la sincronía de los acontecimientos históricos, nuestro quinto punto. Como es natural, los historiadores globales no pasan por alto la cuestión de las continuidades o las «dependencias del camino». Según han expuesto C. A. Bayly y otros autores,